

NEOGRANADINOS EN LA REVOLUCION DE QUITO DE 1809

Escribe: SERGIO ELIAS ORTIZ

— I —

En la revolución del 10 de agosto de 1809, con que prácticamente se desencadenó desde Quito el movimiento emancipador de las colonias hispano americanas, tuvieron figuración, como insurgentes, varios personajes neogranadinos residentes a la sazón en esa capital, ora como funcionarios del gobierno, o ya como profesionales u hombres de negocios. Quito atraía entonces a los americanos de distintas regiones como ciudad progresista, acogedora y confortable, centro de actividades comerciales y de una sociedad exquisita, condiciones que hacían la vida amable y ofrecían posibilidades para todas las gentes.

De dos de esos granadinos, hoy casi olvidados en su patria de origen, se ha escrito con verdad que fueron alma y brazo de ese primer gesto de rebeldía independiente que escandalizó a toda América: el doctor Juan de Dios Morales y el coronel Juan Salinas. Algunos publicistas, sin ahondar en la vida de estos dos mártires de la libertad y seguramente de buena fe, los han considerado como naturales de la Audiencia de Quito, cuando no han callado su lugar de nacimiento. Los pocos datos disponibles sobre la vida de ellos, antes de su actuación en el golpe revolucionario del 10 de agosto de ese año, han llevado a esa confusión con detrimento de la verdad histórica que queremos restablecer en esta apostilla, con la oportunidad de las recordaciones sesquicentenarias del Ecuador y de Colombia.

Respecto del doctor Morales no cabe la menor duda de que nació en Rionegro (Antioquia), según lo atestigua la partida de bautismo, expedida a solicitud de la Academia Colombiana de Historia, que es como sigue:

"PARROQUIA DE SAN NICOLAS DE RIONEGRO (Ant.). - El suscrito, CERTIFICA: Que en el Libro 3 de Bautismos, correspondiente al año de mil setecientos sesenta y siete (1767), y en el folio ciento veinticuatro vuelto (124) se encuentra una partida que a la letra dice: "Día trece de abril de sesenta y siete a. el Pc. Dn. Agustín de Card. puso óleo y crisma a JUAN DE Ds. hijo leximo. del Ayudante maior Dn. Juan de Ds. Morales y de Da. Juana de Estrada. Baptisolo dtro. de encasa por necesidad Po. Dh. Antto. Amesaga. Dr. Ph. Pablo de Villa Cañaño". Es fiel copia tomada de su original y expedida en Rionegro a veintiuno (21) de septiembre de mil novecientos sesenta (1960). (Fdo.) Mons. Samuel Alvarez B. Cura". Sello de la Diócesis de Sonsón - Parroquia de Rionegro".

Se tiene averiguado que Morales, apenas terminados sus estudios de primeras letras, en Medellín, fue enviado por sus padres al colegio de San Bartolomé, donde obtuvo su grado de abogado y el honor de ser recibido como tal ante los estrados de la Real Audiencia, no obstante su juventud, pues no cumplía aun veintitrés años. Su permanencia en la capital del Virreynato le dio oportunidad de relacionarse con los hombres que hacían entonces sus armas para la lucha futura, estudiantes y profesionales de la generación más meritoria que ha tenido el país: Camacho, Caldas, Torres, Cayzedo y Cuero, Herrera, Benítez, Azuola, Gutiérrez de Caviedes, Manuel y Miguel Pombo y tantos más y con ellos hubiera estado el doctor Juan de Dios Morales, si el destino no lo hubiera empujado a otros horizontes. En efecto, el Visitador Oidor Juan Antonio Mon y Velarde, nombrado Presidente y Comandante General de la Provincia de Quito, a su paso por Santafé a fines de 1789 se prendó de los magníficos talentos y la preparación del joven togado y se lo llevó a su gobierno como su secretario particular. Llamado Mon y Velarde a España, al cabo de un año, a ocupar una plaza en el Supremo Consejo de Indias, Morales, que ya se había hecho conocer por sus buenas dotes de entendido en los negocios de estado, fue ascendido por el sucesor de aquel, Barón de Carondelet y allí hubiera permanecido, y quizá habría alcanzado un puesto en la Real Audiencia, si otro mandatario, el Coronel Nieto, no lo hubiera destituido del cargo, sin razón aparente y según ahora se supone porque tenía conocimiento de las ideas subversivas de Morales.

Más que fundada es esta suposición, pues bien se comprende que éste traía el fermento de ideas revolucionarias de Santafé y en Quito era del grupo que había tenido como inspirador y maestro al Precursor Santacruz y Espejo. En el escenario político de Quito, Morales era una personalidad de contornos bien definidos. El historiador Ceballos dice de él que “tenía talento distinguido, bastante instrucción, conocimientos más cabales en materia de gobierno y política, firmeza de carácter y valor acreditado: era, sin duda, el más a propósito para encaminar la revolución a buen término y dejarla victoriosa. Airado y rencoroso por el desaire recibido, se le había visto andando de aquí para allí desde muchos meses atrás, alentando a unos, despreocupando a otros, concitando a todos, bien a la voz o por medio de cartas, para dar en tierra con el gobierno que le ultrajara y tenía ultrajada a la América”. Es decir que se convirtió en gente activo de las ideas subversivas que embargaban a los patriotas de Quito. Desde 1808 empezaron a funcionar conciliábulos revolucionarios, en uno de los cuales, el que se tuvo en la hacienda de Chillo, del Marqués de Selva Alegre, se convino dar el golpe en marzo del año siguiente. Delatado el complot, fueron detenidos y procesados el Marqués de Selva Alegre, Juan de Dios Morales, el coronel Salinas, el doctor Manuel Quiroga, el presbítero José Riofrío y don Nicolás de la Peña. Nada les sucedió empero, a los confabulados, porque el Fiscal Arechaga, encargado de la acusación, no tuvo el proceso a la vista por haber desaparecido subrepticamente. Fueron absueltos del delito de conspiración y puestos en libertad bajo vigilancia.

Del otro cabecilla neogranadino, el coronel Juan Salinas, apresado con su compatriota Morales en el primer intento revolucionario de marzo de 1809, sabemos por el dicho respetable del historiador Pedro María Ibáñez,

que nació en Bogotá y casó en Quito con doña María de la Vega. Se ignoran la fecha de su nacimiento y las circunstancias que lo llevaron a esta ciudad. Suponemos que en ejercicio de la carrera militar que había abrazado desde cadete, y ascendido a teniente, fue trasladado allá, donde ya figuró como capitán y en el año de las conmociones quiteñas, después de haber formado parte de la Comisión de Límites con Portugal, ostentaba el grado y empleo de Comandante de la guarnición de Quito y su provincia.

Salinas era un conspirador nato contra el régimen español, del grupo de avanzada aleccionado con el ejemplo y la obra de Santacruz y Espejo. Se lo acusó en el proceso de marzo de 1809 como propagandista del panfleto escrito por el doctor Antonio Ante, *Clamores de Fernando VII*, que era la voz de somatén contra los espíritus reaccionarios, y de ser uno de los más vehementes propugnadores de ideas disolventes. A tanto llegaron los cargos contra él, que fue el único, entre los conjurados de marzo, a quien no se dio libertad, ni se declaró indemne de cargo, una vez que la obtuvo por valimiento de personajes de gran influencia en el gobierno.

Ahora bien: antes que escarmentar con el fracaso y la prisión infamante a que fueron reducidos, los patriotas reanudaron con más actividad que nunca los trabajos de conspiración en que estaban empeñados, solo que, los dos neogranadinos, Morales y Salinas, que encabezaban la revolución, aunque unidos en las mismas aspiraciones, divergían en el modo de conducirla y en el plan a desarrollar como base de su movimiento. Salinas representaba la tendencia de la nobleza quiteña, metida en su mayor parte en el complot, en que entraba el obispo don José de Cuero y Caizedo, también neogranadino, de retardar el golpe y confiarlo a las circunstancias políticas que fueran presentándose, mientras Morales, animador de la clase media, quería precipitarlo e imprimirle forma distinta en los objetivos del cambio de gobierno. El pueblo quiteño, revolucionario por tradición, quizá el más revolucionario de América, en concepto de los mandatarios españoles, estaba listo a coadyuvar en la empresa, cualesquiera que fueran los métodos de adelantarla. Su único anhelo era libertarse del "mal gobierno", como lo querían casi todos los pueblos de la América hispana.

Así las cosas, y aceptada la decisión de Morales, la última reunión de los conspiradores en que se constituyó el nuevo gobierno, se tuvo en la noche del 9 de agosto en casa de la ilustre dama doña Manuela Cañizares. De allí salió Salinas en comisión, a moderar la actitud de las tropas de la plaza, mientras los conjurados esperaban el momento supremo de lanzarse a aprisionar al jefe del gobierno de la Presidencia, conde Ruiz de Castilla, que a esa ahora dormía tranquilamente en su palacio, pero como tardaba el comisionado, y los complotados dieran muestras de desanimarse, Morales, con un trabuco en las manos, se colocó en el zaguán de la casa, en actitud heroica de no permitir la salida de nadie hasta que se consumase el golpe. El doctor Antonio Ante, enviado entre tanto a Palacio a notificar al Presidente la cesación de sus funciones y su condición de prisionero de estado, cumplió su cometido con la energía y valor que se necesitaban en ese instante decisivo. De otra parte, la clase acomodada, el pueblo y el ejército habían respondido al empeño común. Al amanecer del 10 de agosto, la revolución estaba triunfante.

Del nuevo gobierno de que se hizo Presidente al Marqués de Selva Alegre, formó parte Morales como ministro de relaciones exteriores y guerra; y Salinas, ascendido a coronel, quedó de hecho como comandante general del ejército.

Con todo, esa primera república que inició tan brillantemente la primera jornada de emancipación de la Presidencia de Quito, sucumbió a los pocos meses, al peso muy explicable de los errores de los propios próceres y de las fuerzas reaccionarias españolas enviadas de todas partes a pacificar a la turbulenta Quito. Detenidos y aprisionados los principales promotores de la revolución, en el llamado cuartel de limeños, para ser juzgados como reos de traición, antes de que se terminara el proceso fueron villanamente asesinados en los calabozos, el 2 de agosto de 1810, Morales, Salinas, Quiroga, Arenas, Peña y otros ilustres varones del calendario de la libertad de América. En esa época, las nuevas patrias estaban aún confundidas, y así como el quiteño don Antonio de Villavicencio ofrendó su vida en el cadalso, por la actual Colombia, el antioqueño Juan de Dios Morales y el bogotano Juan Salinas, la dieron por la futura patria ecuatoriana.